

ciudad de Embrun sin detenerse. Al llegar á Savina, manifestó deseos la señora de mas distincion de aquella comarca de dar alojamiento en su palacio al Papa, pero no lo pudo conseguir; y aunque era horrible ya la penosa situacion del venerable anciano, se le alojó en la casucha de un labrador, permitiendo únicamente á la señora de Savina que le enviase un sillón de brazos para reposar sus miembros tan cruelmente atormentados con los vaivenes del carruaje. La ciudad de Gap se distinguió tambien por su piadosa sollicitud; casi todos los habitantes salieron á recibir al Santo Padre, y le entraron como en triunfo dentro del recinto de los muros. La esposa de uno de los capitanes de la escolta tuvo por dos veces el valor de subir sobre el carruaje para besarle la mano. En Gap se hizo una detencion de tres dias, durante los cuales no cesó el pueblo de acudir á postarse en su presencia para recibir su bendicion. En Vizillo, el Papa se alojó en un palacio, cuya dueña habia venido presurosamente de Grenoble para recibirle con el respeto y sollicitud debidos al Gefe de la Iglesia. El inquilino de esta casa era un ginebrino que tenia una magnífica fábrica de tegidos: al ver al Sumo Pontífice manifestó estar poseido de veneracion, y no se cansaba de admirar la magestad y aire de firmeza que se descubria en la augusta frente de Pio VI. Cuando el pueblo se presentó de tropel á tributar su homenaje al venerable anciano besándole los piés, se invitó al inquilino de la casa á que hiciera lo mismo; pero él, como protestante, contestó con tono de sentimiento: «Yo no puedo tener ese honor.»

Pero donde el Papa gozó el consuelo de ver cuán profundamente arraigados estaban aun los sentimientos religiosos en el corazón de los franceses, fué en Grenoble. Los habitantes salieron á recibirle á una legua de distancia, y Pio VI entró en la ciudad, mas bien con la pompa de un vencedor, que con la

humillacion de un cautivo. La señora de Vaux tuvo la dicha de recibirle en su casa. La autoridad mandó cerrar al momento las puertas de la ciudad para contener la prodigiosa concurrencia que de todas partes iba acudiendo á Grenoble para ver al Papa. La casa donde este se habia hospedado no tardó en verse rodeada de un gentío inmenso, ardientemente deseoso de verle y de recibir su bendicion; pero el comisario, cansado de las continuas instancias del pueblo, se negaba obstinadamente, llegando hasta mandar cerrar las ventanas que daban á un patio, por donde el Santo Padre podia asomarse. Mas habiéndole hecho presente que esta medida no haria mas que irritar al pueblo, por lo cual este podria entregarse á algunos excesos, creyó conveniente el comisario suplicar al Papa se dignara presentarse al pueblo. No bien su paternal bondad habia condescendido, arrojándose á una ventana, cuando cierto espectador tuvo la inconsiderada imprudencia de aplaudir con palmadas, que en el acto fueron repetidas por todos los concurrentes, y dieron lugar á que el Pontífice, considerándose ofendido por esta especie de aplauso teatral, poco decoroso para su eminente dignidad, se retirase inmediatamente de la vista del público.

Durante su permanencia en Grenoble no faltaron señoras de la primera categoria que, disfrazadas con el traje de criadas, daban dinero á los centinelas para conseguir el honor de servir á los prelados de la comitiva pontificia; y lo que aun es mas asombroso, hubo soldados y oficiales que solicitaron como un insignie favor ser introducidos en el aposento del Gefe de la Iglesia para poder besarle los piés. Pero el mayor consuelo que el augusto anciano gozó en esta ciudad, fué el haber vuelto á encontrar á los queridos y leales compañeros de su cautiverio, cuya separacion le habia afligido tanto en Brianzon. No pudo contener las lágrimas al volver á ver á estos virtuosos amigos, y dió por ello fervorosas gracias al

cielo, porque aun derramaba esta dulzura sobre sus últimos momentos. El Papa debió este favor y las consideraciones con que le miraron en este último viaje á la recomendacion del embajador de España, el señor Labrador, enviado por S. M. católica cerca de Pio VI, para mostrarle el interés que se tomaba por su desgracia.

Al salir de Grenoble no fué menos numerosa la concurrencia que á la entrada. En vano se habian colocado numerosas centinelas fuera de la ciudad para impedir que la gente se fuera amontonando en grupos; multitud de personas fueron acompañando al Pontífice hasta una larga distancia por el camino de Tullins, distinguiéndose entre todos los concurrentes una muger que, acompañada de sus dos hijas, siguió corriendo á pié el carruaje, solo con la esperanza de recibir la bendicion cuando llegara al alojamiento de Tullins. El Pontífice, que no habia podido menos de reparar en esta singular constancia, las mandó llamar, y las colmó de elogios y bendiciones. Se observó que el Santo Padre, á imitacion de su Divino Maestro, que recomendaba á sus discípulos dejaran se acercasen á él los niños, mostró una singular predileccion hacia los pobres y hacia los niños. En varios puntos del tránsito se le presentaron niñas vestidas de blanco, derramando flores hasta dentro del carruaje: respetuosa prueba de amor que Pio VI miraba enternecido, colmando de bendiciones á la inocente juventud.

En 11 de julio salió de Tullins en direccion á San Marcelino. El calor era excesivo; sin embargo, permaneció espuesto al sol, y sufrió gustoso el polvo por no correr las persianas del coche, á fin de no privar de su vista á los campesinos, que de todas partes acudian á verle, siendo de admirar su incansable paciencia en bendecirlos, así que por su actitud conocia que lo deseaban. Preciso es tambien que hagamos justicia á los gendarmes del departamento del Isere, que guardaron al

virtuoso Pontífice todas las consideraciones debidas á su carácter: estos buenos soldados tenian cuidado de pararse cuando era preciso, para impedir que sus caballos atropellasen á la multitud que se apiñaba en torno del coche del Pontífice. Tenian tambien la atencion de designar al pueblo la augusta persona de Pio VI, diciendo: *es aquel que va á la derecha vestido de blanco*. Si alguna vez habia algun imprudente ó distraido que no se descubria la cabeza, los gendarmes se lo reprendian con términos bastante energicos. Al saber Pio VI que se hallaba ya en la diócesis de Vienne, se acordó haber acogido en Roma al arzobispo de esta ciudad, y haberlo á su pesar detenido mucho tiempo, cuando queria regresar á su rebaño y esponerse en unos tiempos demasiado borrascosos. *Este es*, dijo Su Santidad, *un pastor digno de los primeros siglos y anda á pie como el mas modesto misionero*; este singular afecto que profesaba al prelado de aquella diócesis, hizo que al pasar por ella suplicase al cielo derramara toda clase de bendiciones sobre su grey.

En San Marcelino los habitantes aprovecharon la ocasion de ser la festividad de San Pio el 12 de julio para presentar al Pontífice un ramo de rosas. La jóven que se lo presentó repitió el vulgar cumplimento de que deseaba que las rosas fuesen sin espinas. El Santo Padre aceptó bondadosamente el ramo; mas al oír la palabra espinas, que no podia menos de recordarle las muchas que hacia ya largo tiempo llevaba clavadas en el corazón, levantó la vista al cielo é hizo un ademán de resignacion, que daba á entender que su situacion distaba mucho de ser lo que el cumplido indicaba. En esta poblacion fué tanta la concurrencia de gente, que alarmó á la autoridad, y se tomó el partido de decir que el Papa se hallaba indispuerto y necesitaba descansar.

En 13 de julio se le hizo salir para Romans escoltado por gendarmes de la Drome,

que sin duda por obedecer á las severas órdenes que habian recibido, se mostraron mucho menos complacientes, y no dejaron que el pueblo se aproximara tanto. Mas al llegar á Romans fué tal la concurrencia que rodeó la casa en que el Pontífice se habia alojado, que el comisario empleó inútilmente su autoridad, y acaso hubiera sido peligroso el haber hecho uso de la fuerza. Tal era la efervescencia de los ánimos, que ni las órdenes ni las amenazas pudieron calmarla. Viendo el comisario cuán en vano eran todos sus esfuerzos, tomó el partido de rogar personalmente al Pontífice tuviese á bien presentarse en la ventana; pero advirtiéndole se abstuviera de hacer ninguna señal de bendición. Esta restriccion acabó de irritar al pueblo: empezábase ya á perder el respeto debido á la autoridad, y por último, el comisario no tuvo mas remedio que consentir en que el Pontífice diese la bendición, llegando al extremo de tener que suplicárselo él mismo. Pio VI entonces, lleno de dignidad, se presentó en la ventana, bendijo á los asistentes, y la gente se retiró satisfecha y tranquila. No habia mostrado el ayuntamiento de Romans la severidad que el comisario; pues habia salido en corporacion á recibirle, y le trató con distincion.

Dícese que el santo Pontífice obró en esta ciudad una especie de milagro, y que su presencia convirtió á un hombre que hasta entonces se habia distinguido por su impiedad. A pesar de esta circunstancia su casa era la que se habia elegido para alojar al Pontífice. «¿Qué es el Papa? decia este sugeto, ¿no es un hombre como los demas? En mi casa ha de alojarse; pero yo no tengo que hacer muchos preparativos y le recibiré sin ceremonias.» De estos sentimientos se hallaba poseido, cuando llegó el Pontífice; mas apenas fijó la vista en aquel augusto anciano, abrumado con el peso de sus enfermedades, y que con tanto trabajo sacaban de su carruaje,

sintió tan profundamente conmovido su corazón, que postrándose en el suelo, le besó los pies, se los bañó en llanto, y le acompañó respetuosamente á su casa.

Al dia siguiente Pio VI volvió á ponerse en camino, y el 14 de julio á las siete de la tarde llegó á Valence, último término de sus peregrinaciones y de su vida. Al momento fué conducido al alojamiento del gobernador de la ciudadela, cuyas puertas se cerraron tras de él. El aposento que le destinaron estaba muy deteriorado y desprovisto de muebles, por cuya razon tuvo la autoridad que mandarlo componer. La señora de Vins ofreció los muebles, que por de pronto no se admitieron; pero luego la necesidad hizo que se aceptasen. Otras señoras se distinguieron tambien por su respeto al Pontífice, y se apresuraron á llevar cuanto creyeron que podia contribuir al ornato de su estancia y al alivio de sus males.

Obsérvese de paso cuán fácilmente se engaña á si misma la tiranía, y cuán ciega procede en sus crueldades. El plan del Directorio, al hacer andar errante de ciudad en ciudad á este venerable anciano, no era otro, sin duda que ultrajar y envilecer la Religion en la persona de su gefe, y presentar á los franceses, como un trofeo, al Vicario de Dios en la tierra, humillado y, por decirlo así, degradado con sus cadenas y con sus infortunios; pero es seguro que nunca Pio VI apareció mas grande ni respetable que en medio de estas tribulaciones. Menos veneracion hubiera inspirado acaso sentado en el trono del Vaticano y rodeado de toda la pompa de la soberanía. Hubiérase dicho que los directores no le hicieron ir á Francia mas que para reanimar con su presencia los sentimientos de piedad que empezaban á extinguirse en todos los corazones. Su viage no fué pues mas que una serie de triunfos para el Pontífice y para la Religion.

La administracion central de Valence formuló un acta que constituia preso al Santo

Padre y le declaraba en estado de detencion. El comisario y Beveron, individuos de la administracion, protestaron contra este acto y dieron parte al Directorio. La administracion por su parte justificó su conducta, fundándose en la necesidad de mantener la tranquilidad, y evitar las turbulencias que podia ocasionar la proximidad de Aviñon y del Condado-Venesino. Este fué el pretesto de que se valió la administracion para impedir que nadie pudiese hablar con el Santo Padre, no siendo en presencia del gobernador de la plaza ó de un oficial comisionado al efecto. Continuas patrullas recorrían las inmediaciones de la ciudadela para impedir que se formasen grupos de gente. El convento de franciscanos, que estaba inmediato, servia de prision á muchos clérigos que no habian querido prestar el juramento: dióseles orden de no asomarse á la azotea del convento, y todos los centinelas de aquel puesto vigilaban particularmente porque no se hicieran señas entre estos clérigos y las personas de la comitiva del Papa. Finalmente, al mismo Pio VI y á los individuos de su comitiva se les previno que se abstuvieran de toda expresion que pudiera servir de alimento á la malevolencia ó al fanatismo. A este precio prometia la autoridad local guardar al Papa cuantas atenciones fueran compatibles. Esta determinacion se fijó en forma de bando en los sitios públicos de la ciudad al dia siguiente de haber llegado Pio VI, y en este mismo dia pasaron las autoridades á visitarle. La entrevista fué muy corta: el Papa las recibió con su acostumbrada urbanidad: aun no tenia noticia sin duda de los bandos que se habian fijado aquella mañana, ó si es que ya lo sabia; su moderacion y su prudencia no se desmintieron en un solo momento. Saguramente las precauciones de la autoridad eran enteramente inútiles; el Pontífice, durante su cautiverio, fué un modelo de prudencia y circunspeccion: tenia un alma de demasiado eleva-

da para suministrar ningun pretesto á sus enemigos.

Su aposento estaba en el piso bajo con un jardin, en el que algunas veces se le permitia pasear en una silla con ruedas, pues sus muslos y piernas se habian hinchado de modo que no podia dar un paso. En los dos meses que permaneció en la ciudad de Valence no se le vió salir ni una sola vez del recinto que se le habia dado por habitacion; vivió en este retiro en la mayor tranquilidad, no cuidándose mas que de la oracion y lectura de algunos libros piadosos. Aun sostenia una correspondencia epistolar bastante estensa, y como que conservaba en buen estado sus facultades mentales, respondia con admirable tino á las consultas que como gefe de la Iglesia se le dirigian. Su sueño era muy corto durante la noche; levantábase muy temprano, pero segun la costumbre de los pais meridionales dormia la siesta despues de comer.

Diariamente solian presentarse muchas personas solicitando el honor de tributar sus homenajes al Soberano Pontífice; pero eran pocas las que lo conseguian. Este favor no fué concedido sino á las personas mas notables de la ciudad y de las inmediaciones. Muchas personas del pueblo que tenian relaciones con los soldados de la guardia, penetraban secretamente en la casa con varios pretestos. La visita que causaba siempre mucho placer al Pontífice era la del caballero Labrador, agente diplomático de España, que ni un solo dia dejó de visitarle durante la comida. El rostro de Pio VI, abatido por tantos infortunios, brillaba aun con alguna expresion de alegria al ver al embajador de la única potencia que le daba público testimonio de interes y de afecto; en el seno de este caballero depositaba todos sus pesares: á él es á quien dirigia sus quejas para que las trasmitiese al gobierno francés, juntamente con sus deseos y peticiones; y es de advertir que la mediacion del señor Labra-

dor rara vez fue desairada. Notose que Pio VI apenas se presentaba este caballero, mandaba que le arrimasen asiento, no olvidándose de la etiqueta de la corte romana, que daba al embajador español el derecho de sentarse durante la comida del Pontífice.

Un octogenario rodeado de algunos sacerdotes no era seguramente un objeto capaz de turbar el reposo de los despotas del Luxemburgo; pero sabido es que la suerte del malo es temblar continuamente. Los tiranos creyeron que el Pontífice estaba aun demasiado cerca del teatro de la guerra. La proximidad de Avignon y del Condado, de la Saboya y de Italia, les llenaba de espanto. El miedo les dictó el 4 de agosto un decreto concebido en estos términos: «El Directorio decreta que el Papa sea trasladado á Dijon en Borgoña; el viaje se hará á espensas suyas, y se le prohíbe detenerse en Lyon.» Despues de haber gastado cuarenta y cinco millones para comprar la paz, no tenia motivos el Papa de esperar tan sórdida mezquindad de parte del Directorio. Esta nueva señal de encarnizamiento de los carceleros contra su ilustre cautivo arrancó algunas quejas al desgraciado Pontífice. «¡Ah! exclamó lleno de dolor, ¡ni aun aqui me quieren dejar morir en paz!»

En medio de tantas tribulaciones, lo que mas atormentaba al Santa Padre era el deplorable estado de la Religión. El prelado Marotti, consolándole en medio de tantas aflicciones, y alentándole á sufrir males que ya llegaban á su termino, le hizo cierto dia observar que su destierro y su resignacion eran la época mas gloriosa de su reinado: «Mis penas corporales, contestó el Pontífice, son muy grandes; pero las del animo lo son mucho mas; los cardenales, los obispos dispersos.... Roma.... mi pueblo.... la Iglesia, la Iglesia... hé aqui lo que de dia y de noche me atormenta. ¿En qué situacion los voy á dejar?»

Cerca estaba ya el momento en que este ilustre mártir iba en fin á recibir la palma de

hida á sus trabajos, llegando al término de su mortal carrera. Tantos viages, inquietudes, contrariedades y molestias de toda especie habian agotado enteramente sus fuerzas, y aun es admirable cómo pudo resistir tanto tiempo, abrumado como estaba de años y enfermedades. Cada uno de sus dias era una nueva preparacion para bien morir. Todas las mañanas rezaba con fervor las letanias de la Virgen, besando afectuosamente su imagen y la de otros muchos Santos á quienes tenia particular devocion: y por las noches rezaba el rosario con sus familiares. Aunque pasaba casi todo el dia entregado á la oracion, se le oia rezar salmos por la noche, haciendo de ellos las mas discretas aplicaciones á su estado y circunstancias. Su práctica constante era unir sus penalidades y resignacion á las de Jesucristo, á fin de hacerlas eternamente meritorias. No aspiraba su alma mas que á dejar el cuerpo de barro que al encerraba, y asi veia con placer que esta prision estaba cada dia mas próxima á destruirse. Las piernas se negaban ya á sostenerlo, y cuando intentaba ponerse en pie, volvía á caer sobre el asiento, como agoviado de su propio peso. Toda la parte inferior de su cuerpo se paralizó. ¿Quién en vista de esto podría creer el ciego furor de unos hombres que hacian alarde de sentimientos filantrópicos? Los directores se empeñaban en arrastrar á Dijon aquel cuerpo, de cuya mitad se habia apoderado ya la muerte; y si la parálisis, estendiéndose desde las piernas á los intestinos, no hubiese producido una terrible crisis, precursora de la muerte, y hecho absolutamente imposible el viaje, el Directorio hubiera tenido la gloria de hacer espirar al venerable Pontífice en medio de un camino real.

El 19 de agosto, á las cinco de la tarde, fué atacado Pio VI de un vómito violento; mas aun tuvo fuerzas suficientes para tirar del cordón de una campanilla que habia en la cabecera de su cama; y cuando entraron presurosos sus familiares ya le encontraron sin conser-

cimiento. Durante algunos dias se le prodigaron todos los auxilios necesarios: vino de Grenoble un médico en quien el Pontífice tenia mucha confianza. Mas un cuerpo agoviado por la edad y las dolencias no deja apenas recurso alguno á la medicina: la naturaleza hizo un último esfuerzo, y Pio VI recobró el conocimiento: lo primero que hizo entonces fué mandar llamar á su confesor, y disponerse para recibir el santo viático. El 27 de agosto fué el dia elegido para esta última y augusta ceremonia. El Papa se hizo poner sus ornamentos pontificales, y por respeto á Jesucristo, quiso que se le bajase de la cama y se le colocase en un sillón: sus familiares eclesiásticos, con sus vestidos sacerdotales, se colocaron á su alrededor con una vela en la mano. Pio VI hizo ante ellos la profesion de fe católica apostólica romana que deben hacer los Papas al llegar al último trance. Rogó á Jesucristo conservase á la ciudad de Roma la antigüedad y pureza de su fe y volviese á dar á Francia la Religión, la paz y la felicidad. Spina, arzobispo de Corinto, se adelantó con lágrimas en los ojos á administrar al Santo Padre, y le preguntó en presencia de Jesucristo, si perdonaba á sus enemigos. A esta pregunta Pio VI elevando la vista al cielo y fijándola luego en un crucifijo que tenia siempre en sus manos, contestó: *De todo corazón, de todo corazón.* Habia bendecido ya á sus enemigos al entrar en Francia, y los perdonaba al partir de este lugar de miserias para ir á una mansion donde su reposo no podia ya ser turbado. Al dia siguiente recibió la Estrema-Union de manos del mismo prelado con una piedad tan tierna y con tan edificante sumision á la voluntad divina, que todos los concurrentes quedaron penetrados de respeto y de admiracion. Solo despues de haber arreglado los sagrados intereses de su alma, fué cuando el Pontífice se ocupó en los asuntos temporales. Mandó entonces redactar un codicilo para expresar su última voluntad y pagar en cuánto

le era posible con su gratitud á los generosos compañeros de cautiverio. Notábase cuánto dolor le causaba tenerlos que dejar en una tierra extranjera, y apretaba afectuosamente la mano á cuantos se acercaban á su lecho. Antes de morir mandó que le quitaran del dedo la preciosa sortija que la reina Clotilde le habia dado, y que se le entregaran al sucesor que el Sacro Colegio eligiese (1).

Hasta el último momento conservó el libre ejercicio de sus facultades intelectuales, y durante la noche del 27 al 28 de agosto, tuvo aun fuerzas suficientes para rezar el rosario y hacer sus oraciones de costumbre con los que le rodeaban. En la mañana del dia 28 le pusieron sobre el lecho cruces y rosarios, y él levantó sus manos ya desfallecidas para consagrarlos con su bendicion. Los síntomas de la enfermedad se agravaron en la tarde de este dia: empezó ya á sentir las palpitaciones y agnias precursores de una muerte próxima. Mandó entonces arrimar al lecho á todas las personas de su casa, á cuyo frente figuraba el arzobispo de Corinto; y les dirigió la mas tierna despedida: teniendo el crucifijo en una mano y apoyando la otra en uno de los asistentes, dió de su propio motu á sus hijos, prosternados al pie del lecho y bañados en lágrimas, una triple y última bendicion. Dichosos y privilegiados compañeros de los viages, de los peligros y de los tormentos de este ilustre Pontífice! bien merecia este precioso favor la constancia de sus asiduos servicios y el infatigable celo que mostraron hacia su augusta persona. De allí á pocos momentos Pio VI entró en la agonía, Spina le dió la bendicion papal que se acostumbra dar en Roma á todos los Pontífices moribundos. Despues de haberla recibido Pio VI, mandó que su capellan le rezase las oraciones de los agonizantes, repitiéndolas perfectamente, teniendo siempre la cruz del Salvador en las manos, y

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 79, 85